

PREMIOS CONCURSO CERVANTES 2017

CATEGORÍA B

RELATO

PRIMER PREMIO

Nora Gordo Ortega. 4º ESO A

"Sitio seguro"

SITIO SEGURO.

-No, Tomás, te toca contar.

-Pero, Clara, yo no sé contar hasta cien como tú. Yo soy pequeño.

-Me da igual, Tomás, te la quedas, no vas a ser tú quien se esconda siempre. Además, tus escondites apestan.

-¡Clara, tengo solo seis años!

-Te he dicho que me da igual. Cuentas hasta diez diez veces y ya está.

-Está bien.- Responde Tomás furioso.

El niño empieza a contar y su voz inocente resuena por los pasillos vacíos de la mansión de su tía Margarita. Clara se echa a correr por un pasillo iluminado con la poca luz del sol que se filtra entre las cortinas de los ventanales. Sus pisadas y su risa retumban en las paredes. desde el rellano de las escaleras, lo último que ve Tomás es su vestido blanco y su cabello rubio desapareciendo al girar una esquina.

La mansión es enorme. Clara no sabe dónde se dirige, simplemente corre, esperando encontrar el escondite perfecto. En la casa hay muchos recovecos, y ni Tomás ni Clara conocen el lugar, lo que hace el juego más interesante. Es la segunda vez en toda su vida que están en casa de su tía. La primera vez, Tomás tenía apenas unos meses, así que ninguno de los dos se acuerda. Fue tras la muerte de su madre. Su padre estaba demasiado deprimido para hacerse cargo de ellos, así que Margarita cuidó de los tres . Ahora, estaban de nuevo allí. A su padre le habían hecho una oferta de trabajo muy importante y tenía que viajar a Japón para impartir unas cuantas conferencias.

Clara lleva la cuenta de lo que su hermano debe estar tardando en contar. Gira por los interminables y laberínticos pasillos poco iluminados. Corre tan rápido sobre el chirriante suelo de madera, que por poco se pasa un pasillo tan estrecho y oscuro al que le hubiese dado miedo entrar si no fuese porque la cuenta que lleva en su cabeza está a punto de llegar a cien. Se acurruca a oscuras al final del pasillo justo cuando su hermano grita "¡Ya voy!"

Como cabe esperar, la mente de la niña, empieza a imaginarse formas de criaturas monstruosas que se alzan entre las sombras. Se aprieta contra la fría pared y entierra la cabeza entre las rodillas, con los ojos cerrados. El miedo se intensifica, y los rugidos del viento que se cuelan entre los ventanales del pasillo contiguo, no ayudan. A parte del viento, lo demás, es silencio. Un silencio ensordecedor que se apodera de la mansión y retumba en sus oídos como una sentencia de muerte. Clara no aguanta más, tiene que salir de allí. Abre los ojos y calcula lo que parecen interminables metros hasta la luz que atisba del pasillo por donde ha venido. Alza la mano para apoyarse en la pared y levantarse, pero donde creía que iba a encontrar el yeso de la pared, encuentra un pomo. Está salvada. Es la mejor opción que tiene. Se levanta de un salto y abre la puerta de un tirón.

La sala en la que entra es la mejor iluminada de toda la casa, pero Clara no se permite observarla. Cierra la puerta con fuerza, apoya la espalda en esta y se desliza hasta el suelo, temblando. Tras un minuto, levanta la cabeza y su expresión se torna de miedo a sorpresa.

La habitación es una biblioteca con pasillos enteros de estanterías repletas de libros. Libros de todos los tamaños, colores y géneros. Aventura, fantasía, historia, misterio, clásicos, libros viejos y polvorientos, libros nuevos y brillantes... Enormes estanterías cubren la pared entera. La luz entra por una cúpula de cristal que hace de techo. El sol de mediodía entra por la cristalera iluminando todos los rincones de la amplia sala. Los rayos de sol que se cuelan entre los libros hace parecer el lugar un sitio idílico.

Clara, fascinada, se levanta. Con la boca entreabierta de asombro, y los ojos como platos y brillantes de emoción, se acerca a las estanterías. Con dedos temblorosos acaricia los lomos de los miles de libros mientras inhala el cálido olor de los libros, de las historias.

Va leyendo los títulos uno a uno. Se va imaginando las historias que se esconden entre las páginas. Puede incluso oír los gritos de los caballeros que se dirigen a la guerra, los aullidos de los hombres lobo, la música de los juglares, las declaraciones de amor prohibido que se dicen en susurros a media noche, el batir de alas de los dragones, el sonido del mecanismo de una máquina del tiempo, las órdenes de los oficiales, los jadeos de los heridos de batalla, las últimas palabras de una víctima de asesinato, el ruido de las sirenas de la policía de Nueva York ante una inminente catástrofe, las alabanzas hacia una heroína de un futuro distópico, las noticias que informan sobre un nuevo superhéroe en la ciudad...

Clara se pierde entre las estanterías, hasta que encuentra un sillón de aspecto confortable junto a una estufa. Se sienta en él y ojea algunos libros. Las historias la absorben. Se olvida del mundo más allá de la sala, se olvida de que su hermano la busca. Se transporta a otras épocas, a lugares mágicos, más allá de la imaginación, siente lo que los personajes sienten. Clara deja de ser Clara, ahora es mil y una personas a la vez, con mil y una vidas, con mil y un sentimientos que no podría haber sentido de otra forma si no con la lectura. Clara pasa horas viajando de cuerpo en cuerpo, de mente en mente, de historia en historia, viaja entre mundos; todo desde un sillón. Se abstrae tanto que lo que a ella le parece un simple movimiento de la aguja grande de un reloj, en realidad son un par de metros de las sombras que proyecta el sol.

Tomás se ha perdido. Está llorando mientras recorre una y otra vez los incontables pasillos con pasos pesados. Lleva horas buscando a su hermana. Ha entrado en tantas habitaciones tanto vacías como amuebladas que ha perdido la cuenta. encuentra otra puerta a su izquierda, ya no sabe si esa la ha abierto o no, gira el pomo. Cerrada, otra más. Pasa a la siguiente puerta. Esta se abre. Es pequeña, de paredes color crema y con una única ventana, está libre de muebles. Tomás vuelve a cerrar la puerta con los ojos rebosantes de lágrimas y la nariz moqueando. Registra una habitación tras otra, un pasillo tras otro. Pasa otra hora, las sombras se alargan.

Cierra otra puerta que no le ha conducido a nada. La desesperación se hace paso en él. No puede respirar bien por la angustia y las lágrimas no lo dejan ver con claridad. Se deja caer al suelo, de rodillas.

Su hermana siempre ha estado ahí para él, le leía cuentos, le tranquilizaba cuando la oscuridad le causaba pánico, le protegía en frente de los niños que se burlaban de él en el cole, jugaba con él a los soldados y a las carreras de coches. Incluso fingía morir cuando Tomás le pasaba su espada de madera entre el brazo y el costado. Clara le hacía escondites con mantas y le ayudaba a encontrar los tesoros de los piratas que ella misma escondía por la casa junto a pistas o mapas.

No puede perderla, no ahora. No después de haber perdido a su madre. Como buen niño de seis años, empieza a pensar que a Carla se la han llevado los monstruos, esos que su hermana ahuyentaba de debajo de su cama todas las noches. Tiene que ser fuerte, por ella, ya tiene seis años, ya no es un crío. Tiene que dejar de llorar, secarse las lágrimas e ir a buscar ayuda para derrotar a los monstruos que han raptado a su hermana. Así que, lo hace.

Justo cuando se levanta, la puerta del final del pasillo se abre. Tomás se gira esperanzado hacia el chirriante sonido, su hermana, por fin. Su reacción es igual a la de una mujer viendo regresar a su marido de la guerra. Se le cae el alma a los pies cuando ve aparecer a su tía tarareando una canción y llevando unos ramilletes de flores secas entre sus manos. Tomás corre hacia ella y la abraza con tal fuerza que a Margarita se la caen las flores al suelo.

-¿Qué te pasa, cielo?

-No encuentro a Clara, Tita Margarita. Estoy seguro de que los monstruos se la han llevado. ¡Tenemos que buscarla!

-Está bien, está bien. La encontraremos. Pero primero tienes que tranquilizarte. Ven dentro. Ver esto te calmará.

Margarita guía a su sobrino al interior de la sala de la que ella ha salido. Su sala. Siempre ha sido su sitio favorito de la casa, desde que era una cría. Su padre le enseñó los misterios de esa sala y cómo mantenerla siempre igual.

La habitación es un invernadero enorme, con una cúpula transparente que se puede abrir para dejar entrar los cálidos rayos del sol. Hay tantas plantas de todo tipo de variedades que Tomás no puede ver la pared del fondo. Está tan asombrado de que un lugar tan mágico como ese pueda existir, que se olvida completamente de Clara.

- Tres de las cuatro paredes son cristaleras especiales para las plantas, puedes ver el exterior desde ellas. La otra pared, es donde está la puerta por donde hemos entrado.- Empieza a explicar Margarita.- Estamos en la torre Sur de la mansión, porque es la mejor orientación para un invernadero.

Margarita se interna entre pasillos de distintas plantas, seguida de Tomás y va diciendo sus nombres en voz alta. Está metida en su mundo, disfruta de la compañía de su jardín como un niño lo hace lamiendo una piruleta.

-Tengo ordenadas las plantas por los colores que dan sus flores.

Tomás la escucha atentamente.

-Lavanda, Digitalis, Petunias, Dimorfoteca...-Moradas.- Lirios de agua, Campanulas, Borrajas...-Azules.- Aguaturmas, Cincoenrama, Cresta de gallo...-Amarillas...

Tomás y Margarita se hacen paso entre las miles de plantas, entre los miles de colores. Margarita hace a un lado un manojo de hojas de un pequeño árbol para dejar ver una de las

cristaleras que hacen de pared. Pegado al cristal, hay un banco de aspecto confortable rodeado de pequeños árboles de lilas en flor.

La tía del niño se sienta y da dos palmaditas a su lado indicando a Tomás que la acompañe. El niño obedece. En cuanto se sienta, una sensación de paz le invade. Solo le viene una palabra a la cabeza: hogar. Está experimentando exactamente lo mismo que Clara horas atrás en la biblioteca.

-Este es mi sitio favorito en todo el mundo, Tomás. Tu madre lo solía llamar mi sitio seguro. Las lilas eran nuestras flores favoritas. Tu abuelo lo adornó así para nosotras. A las dos se nos pasaban las horas aquí. Era mágico. Bueno, eso las horas que tu madre no desaparecía entre los libros de la biblioteca.- Margarita gira la cabeza bruscamente hacia su sobrino.- ¡Eso es, Tomás! ¡La biblioteca! Ese era el sitio seguro de tu madre. Ahí se esconde Clara.

-¿Cómo estás tan segura, tía?

-Porque, no he conocido nunca a nadie que se parezca tanto a tu madre como Clara.

-¿Clara?

La niña oye la voz antes de ver a su tía aparecer entre las estanterías, seguida de su hermano menor, que se lanza encima de ella gritando su nombre alegremente.

-¿Qué hora es?

-¡Clara! Te he buscado durante horas.- Le reprende su hermano con tono serio.

Clara ríe ante la seriedad repentina de su hermano.

-Lo siento, he debido perder la noción del tiempo.

Las facciones de Tomás se relajan, como si no hubiese estado enfadado hace apenas unos segundos.

-La tía dice que este era el sitio seguro de mamá.

-¿Qué?.-Clara mira a su tía, de pie a su lado, sin entender.

-Así es. Este era el lugar favorito de tu madre cuando era joven.

-¿Puede ser el mío también?.- Dice Clara con los ojos llenos de emoción.

-Claro que sí, cielo.-Dice su tía con una sonrisa mientras la remueve el pelo.

-¡Entonces el mío será el invernadero! Vamos Clara, te lo enseñaré.- Grita Tomás echando a correr hacia la puerta de la biblioteca con Clara pisándole los talones.

Margarita les sigue de lejos con una sonrisa sincera en el rostro.

Los tres abandonan la biblioteca.